

hacen revivir intensamente en nuestras mentes a la persona fallecida y atenúan el dolor en una especie de eucaristía.*

5. LECCIÓN SOBRE NUESTRA CIVILIZACIÓN

Nuestra civilización nos incita a llevar una vida extravertida, orientada hacia fuera y hacia el exterior, los transportes, el trabajo, los bares, los restaurantes, las reuniones, los viajes. Unos se paran delante de los escaparates de ropa, otros, delante de los puestos de comida, y deambulamos golosos por los grandes almacenes y los centros comerciales, atraídos por una rebaja, seducidos por un abalorio, una golosina o un *gadget*. Los anuncios en la televisión y hasta en los vídeos de YouTube provocan una pulsión de compra, soñar con un coche, un crucero o una isla tropical.

El confinamiento nos ha recluido brutalmente dentro de nuestras casas, y a veces nos ha empujado dentro de nosotros mismos.

Para todos los que no se ven reducidos a la pobreza, las condiciones del confinamiento, al disminuir nuestras compras a lo indispensable, nos han mostrado que muchas cosas superfluas nos habían parecido necesarias. Al no poder obedecer ya a las pulsiones de compra, hemos podido percibir la intoxicación consumista que nuestra civilización ha fomentado. Al vernos obligados a cambiar nuestro modo de consumo, hemos preferido lo esencial a lo inútil, la calidad a la cantidad, lo duradero a lo desechable.

Lo cual nos invita a reflexionar sobre una civilización que incita permanentemente al consumo indiscriminado.

* En *La Vía* (Paidós, 2011), propuse una reforma de los funerales laicos.

6. LECCIÓN SOBRE EL DESPERTAR DE LA SOLIDARIDAD

Las múltiples muestras de solidaridad que han aparecido durante la pandemia han revelado las carencias de dicha solidaridad en la llamada situación «normal», unas carencias provocadas por el propio desarrollo de nuestra civilización, que reduce enormemente la solidaridad bajo el efecto de un individualismo cada vez más egoísta unido al efecto de una compartimentación social cada vez más fraccionada. De hecho, la solidaridad estaba adormecida en cada uno y se ha despertado con la desgracia vivida en común.

Para colmar la carencia de los poderes públicos, hemos visto surgir gran cantidad de actos e iniciativas solidarias: producción alternativa a la falta de mascarillas por parte de empresas reconvertidas, confección artesana o doméstica, agrupaciones de productores locales, entregas a domicilio gratuitas, ayudas mutuas entre vecinos, comidas distribuidas a los sintecho, vigilancia de niños y contactos mantenidos en las peores condiciones entre profesores y alumnos.

Hemos visto resurgir, aunque sea de forma simbólica, la solidaridad nacional, cuando Italia cantaba su himno desde los balcones, cuando Francia, Bélgica, España y tantos otros países aplaudían todas las tardes a sus sanitarios. Y en los países meridionales, sobre todo, donde la solidaridad tradicional aún está viva, esta se ha multiplicado gracias a todo tipo de ayudas mutuas.

La crisis también ha estimulado multitud de iniciativas, que han buscado distintos remedios a los males que la pandemia ha provocado o exacerbado. Textos de intelectuales, de científicos, de médicos, declaraciones, sugerencias, llamadas de artistas solidarios y también reflexiones y propuestas

de ciudadanas y ciudadanos para diagnosticar, pronosticar y exponer las bases de una nueva política destinada a reformar y hasta a transformar la sociedad.

7. LECCIÓN SOBRE LA DESIGUALDAD SOCIAL EN EL CONFINAMIENTO

El confinamiento ha sido un espejo de aumento de las desigualdades sociales: la pandemia ha acentuado dramáticamente las desigualdades espacio-sociales. No todo el mundo tiene una segunda residencia para huir de la ciudad. Las condiciones de algunas viviendas exiguas para familias con niños han hecho insufrible el confinamiento, por no hablar de los sintecho y los refugiados llamados migrantes o inmigrados, para quienes ese confinamiento ha sido un doble castigo.

Ha revelado la triste situación de algunos solitarios, viudos, viudas, mujeres abandonadas, ancianos y jóvenes sin recursos.

También ha demostrado que los menos favorecidos, basureros, personal de la limpieza, camioneros, cajeras o telefonistas, eran más vitalmente necesarios que los privilegiados del índice bursátil CAC 40 (de los cuales solamente una minoría ha dado muestras de cierta solidaridad). Mientras que jóvenes de las barriadas, restauradores y amas de casa preparaban comidas gratuitas para los más pobres, los privilegiados esperaban casi siempre en sus torres de marfil el momento de volver a arrimar el ascua a su sardina.

Ahora bien, los oficios que más se han expuesto a la infección y a la muerte, los que han sido más indispensables para todos, están en su mayor parte totalmente infravalorados, por no decir a veces despreciados, y tienen los salarios

más bajos. Hagamos justicia a los enfermeros, basureros, repartidores, hortelanos, pequeños agricultores, y agentes de las fuerzas y cuerpos de seguridad. Hagamos justicia a los médicos de los hospitales, a los profesores y educadores, que sin cesar y en lo más duro de la crisis se han comportado no ya como funcionarios o profesionales, sino como misioneros.

Es necesario que de ahora en adelante los oficios infravalorados gocen del reconocimiento social que merecen, que las profesiones dedicadas a los demás, médicos y docentes, sean reconocidas en toda su grandeza, como lo han sido durante la crisis y como deben seguir siéndolo.

Finalmente, hay que insistir en la desigualdad que sufren las mujeres, especialmente presente en la sanidad y en la educación, cuya remuneración es inferior en un 22% a la de los hombres de categoría y competencias similares. Volveremos sobre ello en el capítulo 3.

8. LECCIÓN SOBRE LA DIVERSIDAD DE LAS SITUACIONES Y DE LA GESTIÓN DE LA EPIDEMIA EN EL MUNDO

La epidemia ha golpeado al mundo de forma desigual. Aunque todo evoluciona todavía en el momento en que escribimos, ciertas regiones de los países infectados y algunos países concretos parecen relativamente a salvo, como es el caso de Islandia o de determinados países africanos, tal vez porque su baja densidad demográfica los protege. Otros, por el contrario, están sufriendo terribles oleadas de contaminación y muerte, como en primer lugar Brasil, que vive una auténtica tragedia con un presidente irresponsable al frente, Perú,

Estados Unidos y México. En Lima, capital de Perú, la interrupción del abastecimiento alimentario ha llevado a centenares de miles de habitantes de zonas rurales, que habían emigrado a la ciudad en busca de trabajo, a tener que volver a sus pueblos recorriendo a veces centenares de kilómetros a pie por falta de transporte.

Asimismo, las medidas sanitarias, que han sido muy diversas, han tenido una eficacia muy desigual. En los países del Sur, el estado de penuria latente siempre ha aguzado el ingenio. La emergencia sanitaria ha suscitado una intensa creatividad. También ha estimulado la ayuda mutua y la atención a los más pobres con distribuciones masivas de alimentos.

Francia y algunos otros países occidentales han demostrado que estaban mal preparados, mientras que algunos países de Extremo Oriente (Vietnam, Corea del Sur) o del Norte de África (Marruecos) han sabido reaccionar más eficazmente. En Marruecos, por el impulso enérgico del Estado, se ha constituido un fondo de solidaridad de tres mil millones de euros desde que empezó la crisis con donaciones de empresas y de particulares. Gracias a ello y en un tiempo récord, el número de camas de cuidados intensivos se multiplicó por dos, y hoteles y clínicas privadas se pusieron a disposición de los enfermos de la COVID-19. En el peor momento de la escasez de mascarillas, las empresas marroquíes de la industria textil fueron requisadas y reconvertidas para fabricarlas. Recientemente, Marruecos ha fabricado seis millones de mascarillas diarias y ha abastecido a sus vecinos europeos. La inventiva de los industriales y los científicos también ha sido capaz de producir mascarillas detectoras de COVID y fabricar en plena crisis de la pandemia respiradores para salvar vidas.